

Leyenda del otro lado de la piel

Por Carlos Balaguer

El cuarto de Josemaría, en el segundo piso, tuvo siempre una ventana de cristal absolutamente blanco que daba al tejado. Desde algunas noches atrás, cierta silueta inexplicable aparecía proyectada sobre el turbio vidrio.

Le fue entrando miedo. Al fin que un garabato como aquel sólo eso podía inspirar. Pero luego le vio indicios de vida y de mansedumbre; y llegó a pensar que "aquello" tenía vida en realidad y que a lo mejor había nacido para él.

Pasaron los días. Cierta noche de intenso frío la ininteligible criatura cambió por fin de lugar y a traspies llegó a guarecerse junto a la ventana. Quedaron entonces sus visceras tan pegadas a la habitación que Josemaría percibió un sufrimiento. Sintió piedad —algo de ternura por aquello que afuera sufría tanto.

No había tenido hasta entonces el valor de abrir y ver de quién se trataba. Lo imaginó un ser maltrecho, humilde y con la piel apachurrada por lejanas travesías. Durante el día no se encontraban más que huellas de palomas y escoria de pajarracos sin destino en el tejado.

Al arrear el frío el raro huésped comenzó a chillar y esa manifestación, como anuncio de desgracias, se extendió a todo lo ancho del poblado. Sin embargo, no interrumpió para nada el sueño de Josemaría, a quien cualquier ruido causado por eso era cosa familiar y suya.

Con el tiempo, guardado en secreto, Josemaría comenzó a sentir cariño por su incierto protegido, olvidando aquella ley de: "No amarás a quien desconoces".

Transcurrieron los meses y aquello fue cobrando para Josemaría una razón casi humana, que se alimentaba con su soledad. El calor arrimado a los cristales atenúa la dura necesidad de amar, y la sentía acaso, como la persona que nos falta. Cada noche, al volver a casa y ver la silueta apoyada en los vidrios —quieta, mansa, en el lugar acostumbrado— se metía a la cama. Sereno y satisfecho de que aquello siguiera existiendo allí fuera, llenando el universo de los cristales, antes absolutamente blancos.

Llegaron las fiestas del pueblo. El animal gruñía entre palpitaciones tal vez por miedo a la pólvora que quemaba la gente en la plaza. Josemaría quiso entonces abrir la ventana y hacerle entrar al calor acogedor de su habitación.

Antes sirvió la mesa. Vino del rojo y frutas tropicales. Flores, de las azules, de un veneno intenso. Encendió una lámpara de aceite. La vieja victrola esperaba con música olvidada. Josemaría se dirigió hacia la ventana.

Tras los cristales aquello aguardaba. Moviéndose inquietamente

como si hubiera presentado las intenciones de Josemaría. No había por qué temer. Sólo se trataba de un ser de vida sufrida, que un día extravió la ruta y llegó al tejado en su busca.

Al abrir, un torrente de aire cargado de lirios y azufre entró violentamente con un inmensurable montón de tiempos.

Los meses han pasado. Ya no queda nada en el calendario de la botica, el cual se desvanece progresivamente en la pared. La brisa húmeda que proviene del río se lleva un olor a funeral y a pólvora quemada. El cuarto está vacío y con las ventanas abiertas para cualquier ángel sombrío que quiera entrar. La mesa sigue arreglada con el vino y las flores. Por el tiempo que pasa han cobrado un color obscuro y mortal. Se oye la música del estío que nunca sonó en la vieja victrola. El polvo de la habitación se acumula bajo los rayos enfermizos y tibios del sol temprano.

(Tomado del Libro del mismo nombre, Distribuido por Librería "Tercer Mundo").



"Los viajes que arrastró el ensueño", tinta de Carlos Balaguer.

Los libros y los días

Sobre la violencia

Por Ramón J. Sender

En España hay nerviosismo y violencia. También en otros países europeos o americanos. Los motivos de la violencia en España están claros y son lógicos y lo mismo se puede decir de otros países que han pasado por experiencias parecidas en los últimos cuarenta años.

El culto de la violencia no es cosa del pueblo sino de las minorías fanatizadas. Todos recordamos la proclamación de la república española en 1931, que se hizo sin disparar un tiro y sin que se produjera un solo atentado. El pueblo mismo improvisó fuerzas de seguridad (las de la monarquía no funcionaban) que protegieron al rey Alfonso en su salida para Cartajena y después a la familia real hasta que pudieron salir todos de España sanos y salvos. El pueblo es honesto y razonable si no lo pervertien. Y la cuestión es que la generación que tiene ahora las primeras experiencias de total madurez o que comienza a salir de la adolescencia fue políticamente pervertida.

Vamos por partes. Todos los hombres dedicados a la psicopatología están de acuerdo en que el ser humano queda definido en sus rasgos fundamentales y permanentes antes de salir de la infancia, es decir alrededor de los diez años. Yo confieso que reconozco en mi pobre persona todos los caracteres que la definían, para bien o para mal, cuando tenía once años. Si reflexionamos un poco veremos que a todos nos sucede algo parecido.

Los caracteres adquiridos después forman lo que llamamos la "persona", pero lo que cuenta es la hombría y esta es subyacente y activa desde nuestra infancia. Y aparece en los momentos más críticos de nuestra vida y resuelve o agrava las crisis de nuestra "persona" hasta extremos a veces increíbles para bien o para mal.

Los psicólogos tienen razón y el recientemente fallecido Eric From estaría de acuerdo. Las violencias, las irregularidades y los absurdos de hoy son consecuencia natural del ejemplo que recibieron los niños españoles entre los años cuarenta y los cincuenta: caudillismo, aventurerismo, triunfalismo violento y dogmatismo intransigente.

Con un millón de muertos a la espalda el régimen triunfante en 1939 daba lecciones más que dudosas de civilidad. Una civilidad irascible y desequilibrada. Es la que tratan ahora de ensayar lo mismo tirios que troyanos. Lo primero que uno se pregunta al abrir un periódico estos días es ¿qué clase de violencias nuevas se han producido?

Estas violencias son la floración lastimosa de las semillas que sembraron en la infancia de los que ahora deben asumir responsabilidades. O creen que deben asumirlas. En el último fondo de su in-

consciente todos se sienten posibles caudillos. Olvidan que en aventuras parecidas a la de 1936 les faltaría hoy la eficaz asistencia de los fascistas italianos, de los nazis alemanes y de los tabores árabes de regulares marroquies. Me refiero al caso improbable de una revuelta de manos alzadas. La consecuencia sería desastrosa. Aunque el ejército estuviera íntegramente del lado de los facciosos, lo que no es ni mucho menos probable. Nunca ha habido un ejército capaz de imponerse por sí mismo y sin ayuda exterior a su propio pueblo.

El desastre sería de proporciones fabulosas e irreversibles. Los únicos aliados que tendrían los sublevados serían los rusos, pero a la manera de lo que sucede en Afganistán y recordando que hay otra vez oro fresco en el Banco de España. Y las razones estratégicas de la ayuda de los rusos a los conspiradores de la mano o del puño en alto serían las mismas: dominar la retaguardia europea (Francia y España) para un eventual ataque contra la Alemania Occidental. En la Segunda Guerra Mundial lo consiguieron pero les salieron mal las cuentas y el error les costó más de veinte millones de muertos y centenares de miles de deserciones. En fin quedaron en pie gracias a la generosa ayuda de USA y de Inglaterra.

Hoy no sabemos lo que sucedería. Es verdad que Rusia lo mismo que los países fascistas no podría tolerar una derrota militar sin que se hundiera su régimen político. Es la flaqueza de todas las dictaduras y ellos lo saben muy bien. Se puede acusar de crueldad a los rusos, pero no de estupidez. Desde 1917 han sido siempre extremadamente alertas. Lenin que fue un gran estratega sigue inspirándonos, pero a veces lo entienden al revés.

La historia tiene misterios inexplicados y lo mismo que en la vida del individuo la sinrazón tiene en ella razones a veces decisivas sin saber por qué. Si los rusos no fueran rabiosamente nacionalistas hay millones de gentes liberales de todos los países que simpatizarían con ellos, pero un régimen político que necesita la agresión triunfante y aventurera para sostenerse, es otra cosa. Lo mismo les sucedía a Mussolini y a Hitler y ya sabemos como les fue después de sus aventuras expansionistas.

No hemos llegado a conclusión alguna en relación con lo que decíamos al principio sobre la hombría y la personalidad y las influencias recibidas antes de los diez años. La conclusión que aparece más lógica es que siendo las violencias esporádicas consecuencias lógicas del pasado, lo mejor que se puede hacer es esperar, con las defensas civiles movilizadas, que el pueblo encuentre por instinto sus caminos nuevos. Y en ese sentido lo mejor que pueden hacer el monarca y el presidente Suárez es lo que están haciendo: esperar inteligentemente. A veces resulta un poco difícil, pero siempre seguro.